

# FE AUTÉNTICA

VOLVAMOS AL VERDADERO  
CRISTIANISMO



# FE AUTÉNTICA

VOLVAMOS AL VERDADERO  
CRISTIANISMO



A. W. TOZER



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Reclaiming Christianity* © 2009 por James L. Snyder y publicado por Regal, de Gospel Light, Ventura, California, U.S.A. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Fe auténtica* © 2011 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Traducción: Daniel Menezo

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

EDITORIAL PORTAVOZ  
P.O. Box 2607  
Grand Rapids, Michigan 49501 USA  
Visítenos en: [www.portavoz.com](http://www.portavoz.com)

ISBN 978-0-8254-1814-3

1 2 3 4 5 / 15 14 13 12 11

*Impreso en los Estados Unidos de América*  
*Printed in the United States of America*

# CONTENIDO

---

Introducción: Un profeta contempla la Iglesia .....	7
1. Cristo es Señor de su Iglesia .....	15
2. La autoridad relevante de la Palabra de Dios.....	29
3. Eso que se llama cristiandad .....	43
4. El ominoso movimiento ecuménico.....	59
5. El espíritu desalentador de los fariseos .....	71
6. Cuidado con el juego de palabras religioso .....	81
7. La naturaleza del reino de Dios: no solo en palabras. ....	97
8. Las características de un cristiano carnal.....	109
9. El remanente: una doctrina alarmante.....	121
10. La sagrada obligación de juzgar .....	133
11. El recuerdo fascinante de las palabras muertas .....	145
12. Palabras de vida para la Iglesia actual .....	155
13. Cómo actúa Dios en su Iglesia.....	165
14. El ministerio de la noche.....	179
15. Cómo saber cuándo algo es de Dios.....	191

---



## UN PROFETA CONTEMPLA LA IGLESIA

La Iglesia de Jesucristo no tiene a nadie que más la ame o que más ferozmente la critique que Aiden Wilson Tozer (1897-1963). Durante su vida muchos le consideraron un profeta, y escucharon lo que decía o leyeron con cierto grado de expectación lo que escribía. Algunos no estaban de acuerdo con él en todo, pero admitían que su voz era auténtica, y que en algún sentido en ella resonaba la voz de Dios. Sabían que cuando Tozer hablaba, escuchaban a alguien que conocía bien a Dios. La marca distintiva de su ministerio fue su énfasis sobre lo que él consideraba la decadencia del cristianismo.

### La decadencia del cristianismo

La esencia del ministerio del Dr. Tozer radicaba en el llamado a la Iglesia para que retomase sus raíces. Estaba convencido de que la Iglesia cristiana estaba perdiendo terreno en este mundo, y que era necesario que alguien llamase a las personas para que volvieran a la fe auténtica en Jesucristo. Al comparar el cristianismo contemporáneo con el que hallamos en la Biblia, detectó un alejamiento claro de la espiritualidad auténtica reflejada en las Escrituras.

La crítica que hacía Tozer de la Iglesia nacía de un corazón que, por encima de todo, amaba a la Cabeza de esa Iglesia,

Jesucristo. No podemos escuchar las palabras de Tozer o leer sus libros sin quedarnos impresionados por su amor y su apreciación intensos de la segunda Persona de la Trinidad. Cualquier cosa que pusiera en tela de juicio la Persona o la autoridad de Cristo, en el sentido que fuera, le hacía ponerse en pie de guerra. Aplicaba un solo criterio a todo lo existente dentro de la Iglesia: ¿exalta a Jesucristo?

Además, es imposible no darse cuenta, a través de los sermones y las obras del Dr. Tozer, de que sentía un tremendo amor por el Cuerpo de Cristo. Amaba a los cristianos de todos los tipos y grados de intensidad. Amaba a los cristianos versados en teología, así como a aquellos que eran simples creyentes en lo que llamaban «el Libro». Admiraba incluso a los cristianos con quienes discrepaba en determinados puntos. Nunca hizo de la doctrina una prueba definitiva de la comunión, sino que disfrutó de una amplia variedad de relaciones en muchas denominaciones. Durante el transcurso de una semana, podía predicar en una iglesia luterana, luego en otra bautista, una presbiteriana, una menonita o incluso en una pentecostal. El nombre del edificio no era importante para él, siempre que dentro encontrase a personas que formaran lo que él llamaba «la comunidad del corazón ardiente». Precisamente de ese gran amor por la Iglesia es de donde surgía su crítica.

En alguna ocasión había programado una predicación en lo que se llamaba «una iglesia de santidad». Se trataba de cierto tipo de celebración o de aniversario para la iglesia, y antes de que el Dr. Tozer predicase, llevaron a cabo todo tipo de actividades frívolas, como cortarse las corbatas unos a otros o improvisar actuaciones cómicas. Tozer se mantuvo sentado, aguardando pacientemente su turno «para batear», como reflexionó más tarde. Cuando al final llegó al púlpito, sus primeras palabras fueron: «¿Qué les ha sucedido, pueblo de la santidad?». Dejando



a un lado el sermón que había preparado, llevó a aquella congregación a una «leñera espiritual» en la que no habían estado en su vida.

Tozer creía que, cuando los creyentes se reunieran, debían cultivar la presencia de Cristo y honrar a Aquel que soportó la vergüenza y la indignidad de la cruz a causa de nuestros pecados. La Iglesia no era un lugar para hacer el tonto. Tales cosas eran síntomas de la decadencia espiritual de la Iglesia, y le preocupaban tremendamente.

En determinados momentos, la crítica de Tozer podía ser bastante penetrante. Por ejemplo, una vez criticó una traducción moderna de la Biblia diciendo: «Leer esa traducción me produjo la misma sensación que me daría afeitarme con un plátano». Cuando el traductor se enteró del comentario, nunca perdonó a Tozer. Éste también criticaba ferozmente las películas religiosas y las iglesias especializadas en contar el número de personas que asistían cada domingo, pero su crítica jamás nacía de un corazón colmado de malicia o del deseo de hacerse un nombre. Su principal interés era exaltar a Cristo y reverenciar su presencia entre los creyentes reunidos. Por lo tanto, hubo momentos en que sus críticas agudas ofendieron a algunas personas.

Durante la última década de su ministerio, Tozer sintió una carga especial por la renovación radical dentro de la Iglesia evangélica. En ocasiones decía que la Iglesia estaba sumida «en el cautiverio babilónico», y muchas otras veces dijo que le parecía que la Iglesia estaba contagiándose de la moral y los valores del mundo que la rodeaba. A menudo decía: «Tenemos una necesidad desesperada de renovarnos».

Quizá lo que más le preocupaba era que la Iglesia, tal como él la veía, no era esa comunidad elevada, santa, llena del Espíritu, bautizada en el fuego, temerosa de Dios, humilde, llena de gracia y amante que los padres de la Iglesia conocieron en

las generaciones anteriores. «A menos que pasemos por una reforma», opinaba Tozer, «todos nuestros libros, escuelas y revistas no son más que la actividad de las bacterias en una Iglesia moribunda».

Para ser justos, hay que decir que no era el cristianismo el que estaba cambiando, sino sus líderes. Él creía que estaban demasiado involucrados en el mundo. A menudo adoptaban para el ministerio el patrón del mundo empresarial de Madison Avenue, y menospreciaban el ejemplo de los santos que habían vivido antes que ellos. La psicología popular se había vuelto más importante que la enseñanza clara de la Biblia. «Tradicición» se había convertido en una palabra malsonante, y ¡ay del ministro de culto al que se tachaba de «tradicional»! A Tozer le daba la sensación de que el cristianismo estaba en manos de aquellos que querían parecerse más al mundo que a Cristo.

En cierta ocasión, Tozer tuvo la oportunidad de hablar en una reunión para líderes de Juventud para Cristo, que también se retransmitía por la emisora de radio Moody. Decidió aprovechar aquella oportunidad para hablar a la Iglesia evangélica mundial y, usando sus propias palabras, «clavar sus trece tesis en la puerta de la Iglesia evangélica». Durante el sermón, manifestó sus pensamientos sobre la Reforma que, según él creía, debía tener lugar dentro de la Iglesia evangélica.

Entre las cosas que dijo en aquel sermón sostuvo que el camino de la cruz es difícil. Aquella era una consideración importante por su parte, porque sentía que había muchas personas que intentaban presentar la vida cristiana como algo sencillo, cuando las Escrituras evidenciaban lo difícil que era seguir a Jesucristo. Según su forma de pensar, un cristiano sin cruz era impensable, y creía que había demasiados líderes que ofrecían un tipo de cristianismo barato, fácil, y que no enfatizaba la carga de la cruz sobre las personas. Sin duda ése no era el cristianismo

de los padres de la Iglesia, los reformadores o los revivalistas del pasado.

Tozer también enfatizaba la verdad bíblica de que no puede existir un Salvador que no sea Señor. Sus comentarios rechazaban la idea de que una persona puede aceptar a Jesucristo como Salvador sin aceptarle como Señor de su vida. Este concepto, según Tozer, era una gran falacia dentro de la Iglesia evangélica. Enfatizaba lo máximo posible el hecho de que Jesús es *tanto* Salvador como Señor. No puede haber un Cristo dividido. Proclamar un Cristo de esta naturaleza supone destruir el fundamento de la Iglesia.

Tozer criticaba a aquellas iglesias que adoptaban los métodos del mundo para alcanzar los objetivos y el propósito de Dios. Señalaba tres cosas que consideraba diametralmente opuestas a la obra del Espíritu Santo en la iglesia local: (1) los métodos de las grandes empresas; (2) los métodos del mundo del espectáculo; y (3) los métodos de los publicistas de Madison Avenue. Junto con esto, sostenía que el espíritu del evangelismo moderno parecía ser ajeno al del Nuevo Testamento. Costara lo que costase, creía que la Iglesia debía recuperar los principios del Nuevo Testamento.

También recalca que cuando Cristo salva a una persona, lo hace para convertirla en adorador y en obrero. Tozer dijo una vez: «A menos que seamos adoradores, no seremos más que ratoncitos amaestrados que se mueven en círculo, sin llegar a ninguna parte».

## Un llamamiento a la fe auténtica

El mensaje de Tozer siempre fue coherente. Veía a la cristiandad sumida en la confusión y en la decadencia, y fuera donde fuese proclamaba un llamado de atención para que los cristianos

renunciasen al mundo y, una vez más, tomaran sus cruces y siguieran a Cristo. Lo que ocupaba buena parte de su predicación y de sus obras literarias era el hecho de que creía que la Iglesia necesitaba que la restaurasen al patrón del Nuevo Testamento. A menudo decía: «Nos hemos vendido a los métodos, las filosofías, los puntos de vista y los instrumentos carnales, y hemos perdido la gloria de Dios que habitaba entre nosotros. Somos una generación hambrienta, que nunca ve la gloria de Dios».

Cuando hablaba de este «cautiverio babilónico», en el que estaba sujeta la Iglesia, siempre enfatizaba dos puntos: (1) los creyentes necesitan sentir el deseo de la gloria de Dios; y (2) necesitan sentir el deseo de experimentar su presencia en la adoración reverente. Tozer dijo: «En los días que vivimos hemos perdido la gloria de Dios, y nuestro Dios es una deidad sin importancia, indigna de que doblemos nuestras rodillas ante Él». Intentó subrayar que el Dios verdadero, el Padre de Jesucristo, el Dios de Abraham, es altísimo y sus faldas llenan el templo (véase Is. 6:1).

Tozer veía la necesidad de restaurar de nuevo en la Iglesia la idea elevada de quién es realmente Dios. Su pasión siempre radicó en introducir en esta generación de cristianos las excelencias de aquel a quien llamaron Cristo. Por lo que a él respectaba, el intento de incluir a Dios en un nivel humano era totalmente anatema. La Iglesia precisaba recuperar la adoración reverente, aquella que es digna de Dios. Él quería ver una vez más los cultos eclesiales en los que la presencia de Dios era tan inspiradora que uno no podía hablar en voz alta; donde la predicación de Dios era tan elevada y motivadora que los asistentes regresaban a sus casas en silencio, incapaces de decir ni una palabra.

En *Fe auténtica: Volvamos al verdadero cristianismo*, Tozer habla sobre estos temas y muchos otros que tienen que ver con la Iglesia de Jesucristo, especialmente la Iglesia evangélica. Nos advierte de que necesitamos ser conscientes de lo que él llamaba «el juego

religioso de palabras»: la creencia que compartimos muchos de que si leemos algo en la Biblia, debe ser verdad automáticamente en nuestras vidas. En uno de los capítulos, expone la idea de que muchas de las palabras buenas y poderosas que se usaron en el pasado han perdido su significado, o que muchos de los líderes actuales han alterado el sentido de esos términos. Afirma que ahora son palabras «muertas», que perjudican la propia esencia del cristianismo. Entonces ofrece lo que él llama palabras «vivas» para los cristianos de la actualidad, y ora para que la generación presente de seguidores de Cristo se sienta inflamada por el verdadero significado de la fe auténtica.

Tozer nos llama a cada uno de nosotros a que examinemos de verdad nuestros corazones, y que dejemos simplemente de jugar a la religión, para poder experimentar todo lo que Dios tiene para nosotros. Dios nos dará todo lo que ha prometido, pero no nos dará nada que *no* haya prometido. A la luz de esto, necesitamos escudriñar las Escrituras para ver lo que ha prometido realmente Dios. Entonces, cada uno de nosotros podrá acceder a la experiencia de esa promesa en nuestros propios corazones y vidas, porque la vida cristiana no es automática, sino una vida de disciplina, de negación de uno mismo y de sacrificio.

Es posible que, a medida que vaya leyendo *Fe auténtica: Volvamos al verdadero cristianismo*, no siempre esté de acuerdo con todo lo que dice Tozer —en realidad, él no hubiera querido eso—, pero su fe se enfrentará a un reto. Tengo la esperanza de que ese desafío le guíe a su Biblia, y le induzca luego a caer de rodillas.



## CRISTO ES SEÑOR DE SU IGLESIA

*Y Jesús se acercó y les habló diciendo:  
Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.*

MATEO 28:18

*Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel,  
que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis,  
Dios le ha hecho Señor y Cristo.*

HECHOS 2:36

Antes de considerar el tema de la Iglesia con detalle, debemos establecer claramente el fundamento de la autoridad de la misma. Si la Iglesia se hubiera limitado a evolucionar con el paso del tiempo, y su doctrina y su práctica no fueran más que el resultado de esa evolución, en lugar de ser una institución establecida por Cristo con un propósito, tendríamos entre manos un asunto diferente. Sin embargo, ése no es el caso. Dentro de la Iglesia existe una autoridad absoluta, y esa autoridad es Jesucristo. Este Cristo es el Señor de su Iglesia, y será el Señor de este mundo. ¿Cómo ejerce Cristo su señorío sobre la iglesia local? La respuesta a esta pregunta resuelve una miríada de pequeños problemas que hoy día constituyen una plaga para la Iglesia evangélica.

Una de las maneras en que Cristo ejerció esa autoridad fue inspirando a sus apóstoles a escribir cartas —tal y como les movía a hacerlo el Espíritu Santo— a las diversas iglesias. En las epístolas de Pablo, el apóstol instruyó a los nuevos creyentes en la doctrina y expuso unos requerimientos autorizados para corregir cualquier creencia incorrecta que tuvieran los creyentes. Esas nuevas iglesias, nacidas del crudo paganismo y bautizadas en el Cuerpo de Cristo, necesitaban instrucción desesperadamente. Nada en su cultura las había capacitado para ser lo que Cristo les había llamado a ser. Salieron del paganismo, y sus dioses habían sido los de los paganos. Aunque casi no sabían nada de Dios ni de Cristo, creían a Cristo, ahora como Señor de la Iglesia, por medio de los hombres que, como Pablo, escribieron a esas iglesias exponiendo la verdad de Cristo.

### Principios bíblicos atemporales

A algunos cristianos les entra el pánico en cuanto surge algún problema en su iglesia. Alguien se ofende, y los santos, entrañables y sensibles, levantan las manos al cielo y salen corriendo mientras gimen: «¿No es terrible?». Pero los problemas en la Iglesia no son nada nuevo, y en realidad no hay problemas nuevos. Los hombres de Dios que escribieron las epístolas tuvieron que tratar con personas que se ofendían. Escribieron cartas inspiradas por el Espíritu Santo para abordar esos problemas en un momento concreto de la historia, pero al hacerlo los resolvieron para todos nosotros, tantas generaciones después. Establecieron principios aplicables universalmente, porque hay tantos problemas en la Iglesia como personas hay.

Es evidente que algunos cristianos están preocupados. No son optimistas, sino pesimistas, y cuando se convierten siguen reteniendo ese pesimismo. Una persona entra en el reino de Dios



con su temperamento. Si usted es inteligente, conservará su inteligencia en el reino, y si es una persona melancólica, seguirá siéndolo. La idea es que el temperamento no es un pecado, sino solo la manera de ser de una persona; y cuando ese individuo se convierte, el Señor tiene que librarle de lo que esté mal en su temperamento.

Nuestro Señor es el mismo hoy que ayer. Su Iglesia también es la misma que fue ayer, de modo que Él hace hoy las mismas cosas que hacía antes de que se cerrase el canon del Nuevo Testamento en los dos primeros siglos. En la época de Pablo, en Roma vivían miles y miles de personas, y en Corinto, Galacia, Tesalónica y Éfeso vivían decenas de miles. Hablamos de cientos de miles de personas, y sin embargo las epístolas dicen: «Pablo, a los romanos». ¿Por qué escribió Pablo a los romanos o a los corintios? No se dirigía a las masas, en absoluto, sino al pequeño grupo minoritario que vivía en Roma o en Corinto. Escribía a aquellos que habían creído en el Señor Jesucristo.

Pablo dirigió sus epístolas a un grupo peculiar dentro de la comunidad urbana: un grupo minoritario identificado como «la iglesia», que llamaban Señor a Jesucristo y oraban a Él considerándolo su Dios. De esta manera, Jesús se dirigió a sus propios seguidores: la comunidad cristiana dentro de una ciudad local, o una iglesia local. Hoy sigue haciendo lo mismo. Aplica las epístolas inspiradas a las circunstancias a las que nos enfrentamos todos los días. Las epístolas son para las personas que han escuchado acerca de este Hijo de la virgen que vino de Dios y murió por los hombres, que resucitó al tercer día, que abrió el reino de los cielos a los creyentes, y que ahora está sentado a la diestra de Dios. Fueron escritas para personas que han oído hablar de Él y se han reunido, han creído y adoran juntas.

Cuando los apóstoles escribieron sus cartas, lo hicieron desde la autoridad de la inspiración divina. Por consiguiente, las

epístolas no aconsejan, sino que ordenan. Por tanto, esas prescripciones —estas órdenes de Jesucristo, Cabeza de la Iglesia— nos llegan dentro de la Iglesia. Para los que vivimos hoy son un llamado a nuestro primer amor. No tenemos otro mandamiento ni autoridad.

Las epístolas se dirigían a aquellos cristianos descuidados que necesitaban enseñanza, advertencias y amonestaciones. A esos cristianos había que corregirlos, porque algunos de ellos andaban equivocados. Por ejemplo, algunos tenían ideas erróneas sobre la resurrección de los muertos, de modo que Pablo escribió 1 Corintios 15 y les instruyó sobre el tema. Algunos otros pensaban que el Señor ya había vuelto, de modo que Pablo escribió 1 Tesalonicenses y corrigió aquellas creencias equivocadas.

Incluso un hombre lleno del Espíritu Santo puede permitir que las inquietudes de esta vida apaguen su vida espiritual, haciéndole olvidar su vida de oración y mermando su vida espiritual. Nada de lo que Dios pueda hacer por usted ahora puede convertirlo en inalterable, de modo que usted sea siempre bueno. Tiene que caminar con Dios sobre una base diaria y constante. Éste es el tema que abordan las epístolas.

## Abordando la carnalidad

Puede resultar difícil imaginar que existieran cristianos carnales aun en la época de los apóstoles. Un cristiano carnal tiene en él la semilla de Dios, pero también se aferra a los pecados de la lujuria, los celos y muchas otras cosas de su antigua vida. Esos elementos malignos se describen como «carnales», del antiguo vocablo latino que significa «carne». El hombre carnal, aunque ha nacido de nuevo, tiene una parte tan grande de la antigua naturaleza carnal que no lleva una vida muy buena. Por lo tanto, el Espíritu Santo, a través de los apóstoles, escribió a hombres

como éstos. Tenían que ser libertados de los pecados de la carne. Lo que era aplicable a ellos también lo es para nosotros hoy.

En la Iglesia primitiva, también había personas contenciosas, rebeldes y divisivas, y hoy día su número no ha disminuido. El Señor les escribió a ellos y a nosotros, por medio de sus apóstoles, para enderezarnos. El Espíritu Santo obró por medio de Pablo para echar unos cimientos teológicos. Dijo a los creyentes cómo estaban las cosas, de modo que se sintieran motivados a escuchar la exhortación posterior.

Es sorprendente cuántos cristianos viven por debajo de las expectativas que tiene la Biblia para sus vidas. Son personas tristes. Se levantan por la mañana y piensan por un momento que todo lo que sabían y pensaban tener en Cristo, y todo lo que pensaban que Dios había hecho por ellas, era un error. Quizá más adelante encontrarán el camino correcto, pero durante un tiempo están desanimadas. Hay personas así, de modo que el Señor tiene que estimularlas. Algunos cristianos vienen al mundo como robustos «bebés» cristianos, y otros son delgados y anémicos, y pasan por muchas experiencias duras. Por lo tanto, el Espíritu Santo tiene algo que decir a todas las personas.

El Espíritu Santo, por medio de las Escrituras, comunica a las personas lo que pueden y lo que no pueden tener. Y si somos fieles para decirles qué creemos y qué puede ofrecerles Dios, vendrán a nosotros y nos preguntarán: «¿Cómo puedo tener lo que usted tiene?».

## El misterio de la reconciliación

Esto es lo que las Escrituras dicen que hemos de exponer a la gente. «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas» (2 Co. 5:17). La palabra «criatura» es la más idónea en este caso.

Él o ella es una nueva criatura, una nueva creación, y todas las cosas son de Dios, quien nos ha reconciliado consigo mismo por medio de Jesucristo.

¿Qué es la reconciliación? La reconciliación tiene lugar cuando dos enemigos hacen las paces por medio del amor. Dios, que es enemigo del pecado, y el hombre, que es enemigo de Dios, fueron reconciliados en Jesucristo. Y cuando Jesús, que es Dios y hombre, murió en la cruz por la humanidad, reunió a los dos por medio del misterio de la reconciliación.

Observemos que no fue el hombre quien se reconcilió él solo con Dios, sino Dios quien se reconcilió con el hombre. Por medio de ese acto nos ha otorgado el ministerio de la reconciliación, «que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación» (2 Co. 5:19).

Tengamos en cuenta que Dios no dijo: «Serán reconciliados si se *sienten* reconciliados». Dijo: «Si algún hombre está en Cristo, nueva criatura es»; *ha sido* reconciliado. Y si usted experimenta la reconciliación, sentirá el deseo de salir ahí fuera y contarlo a otros. Esto es la esencia de la evangelización. Hoy día podríamos llamarlo «evangelismo profundo».

Aquí tenemos otra admonición del Espíritu Santo por medio del apóstol Pablo: «Con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados» (Col. 1:12-14).

Dios nos ha hecho dignos de ser partícipes de la herencia de los santos en la luz. No hay nadie, ni apóstol Pablo ni Francisco de Asís, ni ningún santo en ninguna parte, que tenga más derecho que nosotros. «Si algún hombre está en Cristo, nueva criatura es»; ha sido reconciliado, y Dios le ha hecho participante

de la herencia de los santos en luz, «el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo». Ésta sí que es una traslación en la que creo: la traslación que nos saca del reino de las tinieblas.

Cuando usted escucha las cosas terribles que hacen los hombres, ¿se pregunta por qué? Es porque se hallan sometidos al poder de las tinieblas. Pero cuando conocen al hijo de la virgen, aquel hombre misterioso y maravilloso que vino del mundo superior y nos reconcilió con Dios, y creen, son liberados de esa oscuridad, y trasladados al reino de Su amado Hijo.

Eso es lo que sucedió cuando usted se convirtió. Fue hecho digno de participar de la herencia. No era digno, pero Dios le dignificó; y cuando Dios dignifica algo, es digno. Usted ha sido perdonado, de modo que actúe en consecuencia. «Lo que Dios limpió, no lo llames tú común» (Hch. 11:9). Si Dios le limpia de algo, no beneficiará usted a nadie si se arrastra por el suelo como un perro apaleado. De manera que póngase en pie y dé gracias a Dios por haberle hecho digno de ser uno de sus hijos, libertado del poder de las tinieblas y redimido por medio de su sangre.

## Elegidos y bendecidos

En Efesios 1:3, Pablo escribe: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo». Algunas personas piensan que un «lugar celestial» es una iglesia, pero la palabra «lugares» en el versículo 3 no debería figurar en la traducción al español. En realidad, el término griego para «celestial» es plural; significa «los celestiales» en el reino del Espíritu y de las cosas celestiales. Así, lo que dice Pablo es que Dios nos ha bendecido con toda bendición espiritual en “los celestiales”. Es algo que ya ha hecho. Nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los

lugares celestiales, en Cristo, igual que «nos escogió en él antes de la fundación del mundo» (v. 4).

Dios es eterno, y ya ha vivido todos nuestros días. Está al final de los tiempos tanto como al principio, porque el tiempo es meramente un pequeño incidente en el seno de Dios. Dios contiene el tiempo, y ya ha vivido todos los mañanas. Antes de que el tiempo existiera, Dios le vio, supo quién sería usted y qué nombre llevaría. Supo cuál sería su estatura, si sería hombre o mujer, si se casaría o permanecería soltero o soltera. Sabía si sería estadounidense, alemán o japonés. Lo sabía todo de usted, y sonriendo puso su mano sobre usted.

Usted dirá: «¡Oh!, ¿pero por qué no lo supe antes?».

Eso es un misterio, pero hay algo que sé: usted nunca habría llegado a Dios si Él no se hubiera vuelto a usted. Nunca se ufane, sacando pecho y diciendo: «Yo busqué al Señor». Usted buscó al Señor después de que Él le pusiera en un arduo camino, le incitara y le motivara. Él es el iniciador, no usted.

Usted no hizo más que responder, y el Señor tuvo que ponerse a su espalda y empujarle. De esta forma todos los miembros del pueblo de Dios llegaron a Él, de modo que no se sienta mal al respecto. Y Él le eligió antes de la fundación del mundo. Dios sabía su nombre y el mío antes de que existiera un mar o una montaña, antes de que hubiera estrellas o planetas.

## Aceptos en el Amado

Una vez más, por medio del apóstol Pablo, se nos amonesta: «para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos» (Ef. 1:4). ¿Qué quiere decir «predestinado»? Bien, pues «pre» significa «antes», y «destinar» significa «elegir un destino físico o vital». De antemano, Dios decidió su destino. ¿Y cuál es el des-

tino del cristiano? Es que Jesucristo le haga para sí mismo. ¿Y por qué lo hizo? «Según el puro afecto de su voluntad». Dios quiso hacerlo. Dios dijo: «Si yo quise hacer esto, no tienes que preocuparte. ¿Qué interés tienes? Quise hacerlo».

Todo radica en el puro afecto de la voluntad de Dios, y es para «alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado» (v. 6). Nadie puede acercarse directamente a Dios y ser aceptado. Un cristiano es aquel que cree la verdad de que solo existe una puerta, y que ésta es el propio Hijo de Dios. Solo somos aceptos en el Amado. Por eso no puedo estar de acuerdo con esos poetas naturalistas, esos poetas religiosos y todas esas personas extrañas que nos enseñan cómo podemos acercarnos a Dios en cualquier lugar y de cualquier manera. «El cristianismo no contiene nada único», aseveran. Según ellos, Dios ha hablado con los griegos, con Platón, con los musulmanes por medio de Mahoma y con los budistas por medio de Buda. Que cada uno crea lo que quiera.

Eso no es el cristianismo, ni tampoco es lo que enseña la Biblia. Todo aquel que crea que sigue siendo cristiano y enseñe tales cosas ha intentado comprender cosas que superan sus capacidades, y debe comenzar desde cero. El hecho simple es que solo hay un camino: «nadie viene al Padre, sino por mí» (Jn. 14:6). Usted no puede salir del túnel y llegar al cielo. Tiene que entrar por la única puerta que existe, Jesucristo el Señor. Pero gracias a Dios, esa puerta es tan ancha como usted lo precise.

El Espíritu también nos anima en Romanos 5:1: «Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo». Esta paz no es aquello que todo el mundo persigue, tomando pastillas para alcanzarla. Nunca la encontrará dentro de un frasco. Dios no dijo: «Justificados por la gracia, tendrá paz en su corazón». Él dijo que tendría «paz para con Dios».

El hombre condenado a muerte no está en paz con su estado. Cuando un magistrado tiene a un hombre tembloroso delante de él y le dice: «Siento tener que hacer esto, pero el testimonio de los testigos y las leyes de este país me exigen decirle que permanecerá en tal o cual prisión hasta tal o cual fecha, tras lo cual se le colgará del cuello hasta que muera». Cuando sus familiares lo oyen no pueden contener un grito, y el acusado palidece, e intenta sonreír a su abogado mientras se lo llevan. No tiene paz en su corazón, pero no es eso lo que quiero decir.

De modo que existía hostilidad entre Dios y el hombre. Este último había pecado, transgrediendo las leyes de Dios e incurriendo en la muerte, y el alma que pecare morirá. No había paz entre el hombre y su Dios. Entonces vino Jesús, quien abrió el reino de los cielos a todos los que creyesen, y por lo tanto ahora, siendo justificados por la fe, tenemos paz con Dios. El alto tribunal de los cielos ya no está furioso con nosotros, ya no dice que debemos morir, sino que declara que viviremos.

## El resultado de la tribulación

Ahora bien, no creo que Dios no le conceda también la paz en el corazón. No quiero dejar esa impresión, porque no es de lo que estamos hablando en estos momentos. Por medio de la fe tenemos acceso a esta gracia, y «nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia» (Ro. 5:3).

Decimos: «¡Oh, Señor, dame paciencia!». Dios no nos da paciencia como cuando vamos a la tienda y compramos una lata de alubias. Nos otorga paciencia dejándonos experimentar la tribulación. Esto no le gusta a nadie. Decimos: «Señor, ¡ojalá pudiera hacerlo de otra manera!». Pero después de todo Dios



sabe hacer las cosas. Si pone la tribulación delante de usted y le dice que le dará paciencia haciéndole pasar por algunos problemas en el camino, ¿no lo aceptará usted?

Usted dice: «Señor, quiero que todos mis caminos estén asfaltados». El Señor dice: «Lo siento, no puedo complacerte. De vez en cuando permitiré que pases por algunos baches, pero que seas paciente». A usted no le gustan los baches, pero sí la paciencia, y si la quiere tendrá que pasar por los primeros. Y ¿qué es la paciencia sino experiencia?

El Espíritu Santo ofrece un mensaje para los cristianos jóvenes, asustados o heridos: «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo... Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro» (Ro. 8:35-36, 38-39).

## ¡Libres de verdad!

Muy bien, cristiano, si es usted nacido de nuevo y ama de verdad a Cristo, ¿entiende en qué posición le coloca esto? ¿Se da cuenta de que es una nueva creación en el universo, algo distinto entre los otros humanos? Es una persona privilegiada y honrada, es rico y, por medio de Dios, es maravilloso. Por consiguiente, debería darle gracias sin cesar.

Esa sensación profunda e interna de derrota solo puede curarse mediante una liberación también interior. Cuando el Señor libera a un hombre, éste es libre; y hasta que no sea liberado, no podemos liberarle con cánticos, con razonamientos, con predicaciones ni de ninguna otra manera conocida por los

mortales. Sin embargo la Iglesia invierte millones de dólares cada año en material religioso, para intentar liberar a las personas. Un simple acto del Espíritu Santo liberará a un hombre; le dará libertad para siempre, una libertad completa. Y podrá acercarse a Dios con toda confianza.

Cuando yo era joven, me perdí en una especie de laberinto interior. Llevaba una pesada carga, y me sentía atado y desdichado. Un día, mientras caminaba por una calle al oeste de Akron, Ohio, por fin dije “ya basta”. Supe que Dios no estaba furioso conmigo, y que era el diablo quien me estaba acusando. De repente me detuve, di un pisotón en tierra y, mirando hacia el cielo a través de los árboles, le dije a Dios: «Señor, no soporto más esta situación». Y no la tuve que soportar más. Justo entonces me convertí en un hombre libre. Aquella angustia particular me abandonó. Dios me liberó, porque Él sabía que lo necesario era tener fe. Yo no estaba enojado con el Señor, sino con el diablo. Y no era el Señor quien me tenía atado, sino el viejo diablo.

Creo que el pueblo de Dios podría ser más feliz, con lo cual se convertirían más almas. «Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente. Entonces enseñaré a los transgresores tus caminos, y los pecadores se convertirán a ti» (Sal. 51:12-13). Siempre sucede que una iglesia que es feliz desde dentro no ha tenido que pagar un céntimo para encontrar la felicidad. Ésta ya se encontraba allí. Ésta es una característica de la Iglesia del Nuevo Testamento.

En una iglesia es posible llegar a un punto muerto, como esos atascos que se producen en un río. Se cruzan un par de troncos, alguien se ofende y la obra de Dios no puede continuar. Pero el Espíritu Santo es maravillosamente capaz de encontrar esos atascos, disolviéndolos. El predicador no lo sabe; es tan inocente como un niño recién nacido. Pero el Espíritu Santo sí, de modo que encuentra a esa persona. Y si logra que el individuo

## CRISTO ES SEÑOR DE SU IGLESIA

que tiene el problema coopere, éste desaparece y la bendición de Dios desciende.

Jesucristo ejerce una autoridad completa sobre las Escrituras, redactadas por unos hombres inspirados por el Espíritu Santo. Todos los problemas en la Iglesia, desde el día de Pentecostés hasta ahora mismo, están resueltos en ese libro maravilloso al que llamamos la Palabra de Dios. Si pretendemos volver al cristianismo del Nuevo Testamento, debemos recuperar la fe de aquella época.

